

Un SARAO HISTORICO

Por

Pierre CHILI



LA ENTRADA del palacio, un ujier, cuya librea se conocía improvisada por lo demasiado holgado del leviton azul ribeteado de amarillo, recibía las tarjetas de invitación con afectada cortesía.

—Sírvanse, vuestras mercedes, pasar adelante —decía al cerciorarse de que la invitación correspondía a quienes les franqueaba la entrada con un reverente arqueo de un brazo en cuyo extremo los dedos enguantados se abrían tiesos como puntas de horqueta.

Los invitados subían por una amplia escalera que conducía a un vestíbulo en el cual un oficial, de flamante uniforme de gala, les advertía:

—Los señores miembros de la Excelentísima Junta reciben los saludos de vuestras mercedes en la antesala inmediata al salón de recepción.

Don José Miguel Carrera, hombre de corte y de mundo, no había descuidado detalles en la fiesta que ofrecía la Junta de Gobierno en el segundo aniversario del dieciocho de septiembre a la sociedad de Santiago, ordenando imponer a los invitados del "protocolo social" en aquel caso: "saludar previamente al Jefe de la Junta", quien se situaría en sitio adecuado con los miembros restantes: don Pedro José Prado Jaraquemada y con don José Santiago Portales.

Afuera y frente al palacio, una muchedumbre se apretujaba, curiosos todos de presenciar la llegada de los ilustres invita-

dos, cuyos nombres pronunciaban al reconocerlos. Las calesas tenían que abrirse paso entre el gentío, sofrenando a las apacibles mulas los cocheros, muchos de los cuales eran saludados con exclamaciones festivas del populacho, al verlos llevar altos sombreros cilindricos y de un negro reluciente, en las cabezas acostumbradas a las plebeyas "chupallas".

—Cuando "desocupís" el "tiesto", Huachiflay, acuérdate de no "esperdiciarlo".

Vitores bulliciosos, dichos callejeros, pregonar de vendedores ambulantes, desordenado ir y venir y revolverse de muchedumbre enfiestada era en aquel 20 de septiembre de 1812 el frente del palacio de Gobierno, cuyo exterior ostentaba una iluminación profusa de farolillos chinescos.

En la portada principal se destacaba un escudo nuevo cuya inauguración se realizaba. Consistía en un óvalo con una columna al centro. Un mocetón y una mujer vestidos de indígenas posaban a ambos lados de la columna y bajo una inscripción que decía: "Post tenebras lux". Tal emblema, al reemplazar al de España, era la pública proclamación de una nacionalidad independiente, lo que se atribuía al osado don José Miguel Carrera.

—¡Viva don José Miguel Carrera! ¡Que no renuncie!

(Había trascendido al pueblo la renuncia presentada por el audaz caudillo por dificultades con su hermano don Juan José, instigado éste, según se comentaba, por elementos monárquicos y refractarios).

—¡Viva don José Miguel! ¡Viva!

El vitoreo irrumpía y se esparcía coreado y atronante.

El joven mayor de Húsares de Galicia en España subyugaba al elemento popular que lo sabía decidido y temerario al domina), a pesar de su mocerío, a los más viejos paladines de la época. Para el pueblo, que aquilataba de acuerdo con sus inclinaciones a los hombres, aquel bizarro joven, brioso y firme para el caballo como lo había demostrado en sus correrías revolucionarias y en sus lides privadas, bueno para el jolgorio, para el galanteo, la pelea y el mando, era el "jefe" no impuesto por ardides políticos y ocultos, sino que por manifiesta superioridad popular y propia.

Continuaban llegando calesas de las cuales descendían damas enjoyadas y señoras de capa.

De pie y con ademán pausado se abrió camino entre la plebe un personaje de figura extraña y melancólica, de gran cruz de género rojo adherida a la negra sotana, la que al ajustarse con militar rigidez a su cuerpo enhiesto, hacía dudar si se trataba de un fraile o de un guerrero disfrazado de tal y de resueltas decisiones en su apacibilidad mística y sumisa.

—¡Don Camilo Henríquez!

Los más inmediatos a su paso se quitaron respetuosamente los sombreros, guiados por instintiva veneración al hábito sacerdotal. El fraile de la Buena Muerte devolvió breve los saludos. Un "chusco" le hizo una venia militar en vez de quitarse el chambergo, diciendo en alto y satisfecho:

—Si no es "ná" padrecito. Lo "excomulgaron" por "sublevao" en Lima. ¡Viva don Camilo!

—¡Falto de respeto!... ¡Ave María Purísima! ¿No tiene miedo de condonarte, he-reje?— le dijo airada y desabrida una vieja de manto, propinándole un pescozón violento.

El "roto" la miró agrio y le contestó de inmediato:

—¿Condenarme? Oiga, suegra.... Si usted se va a la gloria, la "pura" que prefiero tragar plomo "derretío" en el otro mundo "pa" no toparme con el cernicalo "encambuchao" que es usted, "¡ñora".

Con risotadas lo celebraron los presentes.

Dentro del palacio imperaba un ambiente de discreta solemnidad. Los invitados se

detenían frente a don José Miguel, a quien saludaban corteses, como también a los otros miembros de la Junta.

Carrera, de una juvenil y gallarda presencia, atendía los saludos con elegante desenfado. Al recibir los de don Gaspar Marín y de su esposa doña Luisa Recabarren, se inclinó caballeroso ante la hermosa dama, diciéndole obsequioso:

—Don Gaspar debiera cambiar, señora, su nombre, y llamarse don Ventura, por tener por esposa a tan agraciada compañera.

Luisa Recabarren le repuso:

—El mando y la galantería son artes difíciles; pero aprecio que su Excelencia es un eximio en ambos.

Don Gaspar Marín, risueño y halagado, intervino y le expresó a Carrera:

—Ya una vez fui suplantado en el Gobierno, le suplico no suplantarme en el corazón de mi esposa.

Innumerables personajes continuaron saludando a los miembros de la Junta, teniendo para todos don José Miguel una frase acogedora y amable, lo que hizo decir al cónsul norteamericano Mr. Poinsett: "El más "gentle" and nice fellow que en mi vida he encontrado".

Acudían a cumplimentarlo sobresalientes aristócratas, cuya actividad e ideario había sido la revolución libertaria en su iniciación y que habían repudiado al principio la intromisión de aquel joven que no contaba aún con veinticinco años de edad, congratulándose ahora de su participación en el Gobierno por los progresos rápidos obtenidos en breve plazo. No sólo bizarrías y arrogancias eran las de José Miguel Carrera: un innegable talento de organizador y de estadista se le reconocía.

Madame de Sessé y señora de Sarnaniego, bellamente vestidas de araucanas con "chamales" espléndidos que dejaban al descubierto blancos y bien torneados brazos adornados con valiosos brazaletes, saludaron a Carrera, quien les manifestó afable:

—Muy grato es el nacionalismo, tan nuestro, con que ustedes realzan a nuestra fiesta.

Los invitados proseguían al salón de baile alumbrado por centenares de luces en arañas de plata y diseminadas en cornucopias. Un mobiliario suntuoso se alineaba a lo largo de las paredes, quedando

tras las sillas y sofás un trecho conveniente para que los caballeros atendieran de pie en tal trecho a las damas de sus preferencias.

En el salón, los concurrentes se repartían ceremoniosos, agrupándose los hombres para conversar confidencialmente de los sucesos políticos recientes y sentándose las señoras para charlar discretamente con sus vecinas, disimulando vagas inquietudes con el movimiento refrescante de sus abanicos. Los trajes femeninos, que presenciaban, constituían sus comentarios predilectos.

Mercedes Fontecilla, la hermosísima niña, que en años próximos sería la abnegada compañera de José Miguel Carrera en su destierro y en sus trágicos infortunios, la encantadora jovencita de 1812 en aquel baile y que amaría al desgraciado caudillo con un amor intenso y conmovedor como ni aun en novelas se encuentra, la que hizo de las rigurosas pampas argentinas su tálamo y de sus lágrimas desconsoladas el sudario cálido y amoroso de los restos mutilados de su esposo al ser fusilado en Mendoza, atraía más que ninguna la atención por su traje de un vaporoso rosado y oro, simbolizando a la "Aurora", lo que equivalía al nacimiento de una patria nueva y para siempre nuestra. En su primaveral juventud eran sus facciones finas y delicadas; su cutis blanco, lo que al contrastar con lo negro de sus ojos y de su cabellera, la embellecía más.

Josefita Aldunate, otra hermosa joven de la aristocracia santiaguina, vestía un emblemático traje que representaba a la "Libertad". Sin duda, era aquella una fiesta preconcebida "revolucionaria" por constituir en sus exterioridades una manifestación desembozada del designio de independizarse en absoluto de España, dejando a un lado las protestas de sumisión al "muy amado don Fernando". Don José Miguel Carrera había contribuido a extirpar los recatos políticos coloniales.

Algunas señoras se mostraban inquietas al propalarse que don Juan José Carrera, enemistado con su hermano e inducido por los monarquistas, asaltaría esa noche el palacio con sus tropas de granaderos.

Doña Javiera Carrera, imponente dama que lucía en su peinado una guirnalda de perlas y de brillantes de la cual pendía una corona desplomada, significando con

esto la caída de la realeza española, les infundía confianza y ánimo, explicándoles:

—José Miguel ha dispuesto el acuartelamiento de sus tropas y se vigila el cuartel de los granaderos de Juan José en forma de que ni un soldado de los suyos puede salir de aquel cuartel sin ser inmediatamente sabido en el palacio de Gobierno, en donde hay cientos de hombres armados y listos en el patio y bajo el mando de Luis, quien dispone además de artillería. No tengan ustedes temores.

Al explicar tales medidas militares, parecía gozar con ellas, mientras sus amigas demostraban mayores zozobras al oír hablar de tropas armadas y de cañones listos para combatir. Doña Javiera poseía el temple apasionado y guerrero de sus hermanos, lo que hizo decir reflexivo a un señorón al escucharla:

—No me explico cómo un señor tan tranquilo y sencillo cual lo es don Ignacio, ha podido engendrar a estos hijos suyos, todos de primera línea e impetuosos, sin excluir a doña Javiera.

Don Bernardo Vera, tímido y como pospuesto en las conversaciones de los demás, parpadeó con sus claros ojos de albino y observó con tono mesurado.-

—Bonaparte no sería en la actualidad el amo del mundo si no fuera hijo de su madre Leticia. Dentro de las proporciones, es la probable explicación.

Don José Miguel, cuya cordialidad no había decaído, continuaba recibiendo saludos. De súbito se alteró su semblante y adoptó un tono altanero e imperativo. Un señor marqués, de erguidos setenta años y monárquico reconocido, había pasado por delante de él sin detenerse a saludarlo y con ostensible demostración de agraviarle.

—¡Capitán! —ordenó Carrera enérgicamente a su ayudante- ¡Vaya a decirle a aquel descomedido señor que comparezca a mi presencia!

El magnate, al recibir el recado, se detuvo parsimonioso.

—Advierta al señor Carrera que no obedezco a su mandato y que acudo tan sólo para demostrarle que no me intimida.

El Jefe de la Junta de Gobierno, al comparecer el marqués, lo increpo con impetu:

—¡Sírname explicarme la causa de su desatención! ¡En esta casa se deben mira-

mientos y respeto a los mandatarios que a vuestra merced y al país gobiernan!

—Habla, señor Carrera, con un anciano y caballero que no responde cuando se le trata impertinentemente.

—En tal caso, la dignidad de caballero de que vuestra merced hace alarde, habrá de indicarle el camino honorable que le resta.

Carrera se dirigió a su ayudante y le ordenó imperativo:

—El señor marqués, conforme con su dignidad, ha decidido retirarse. ¡Acompáñelo, capitán, con la cortesía que su rango y edad merecen!

La actitud y el tono no admitían réplica ni dilaciones.

—¡Nidal de insurrectos!— clamó el marqués, golpeando airado con su bastón el suelo y encaminándose a la puerta de salida.

Don José Miguel recobró pronto su serenidad y a las ocho, hora de iniciarse el baile, se dirigió al salón, diciéndoles a los señores Prado, Jaraquemada y Portales:

—A solazarnos ahora.

Y agregó festivo:

—Si es que a mi hermano don Juan José no se le ocurre visitarnos con sus granaderos y tenemos esta noche una danza de balas con orquesta de gritos de señoras.

Entró al salón. Al verlo aparecer, un bastonero, vestido de Luis XV y de peluca blanca, golpeó con su bastón el piso, exclamando:

—Formad parejas, vuestras mercedes.

¿Quién sería la elegida por el Jefe de Gobierno? Todos íntimamente se lo preguntaban.

Con su marcial presencia y elegante desenfado, don José Miguel cruzó el salón y se encaminó resuelto hacia Mercedes Fontecilla, quien, al verlo aproximarse, se encendió de un color más vivo que el rosado de su traje de "Aurora".

—Suplico el honor... le expresó Carrera, inclinándose gentil al ofrecerle el brazo.

Numerosas parejas formaron. El bastonero golpeó de nuevo el piso y la orquesta inició la música de una contradanza.

Se inició el baile cadencioso y con una majestuosidad de Corte. Lejanamente se oía el vitoreo del pueblo afuera.

—¡Viva don José Miguel Carrera! ¡Que no renuncie!

—¿Oye?, le observó complacida Mercedes.

—No me envanecen las aclamaciones, —le respondió con amabilidad su compañero de danza—. Conozco que no son duraderas y que, así como conducen a un trono, conducen también a un patíbulo.

Un fugaz y agudo presentimiento hizo palidecer a Mercedes. En esos instantes las parejas se enlazaban en la contradanza, siguiendo el ritmo musical de la orquesta. Mercedes se asió más fuertemente de su acompañante, como para protegerlo contra la perfidia y la muerte...

De "Mar y Tierra Nuestra .

